

Fran Zabaleta

Lo extraordinario

Bajo la piel de las montañas late el corazón legendario
del Courel

Fran Zabaleta

Lo extraordinario

© Fran Zabaleta, 2020

Título
Lo extraordinario

Primera edición: marzo 2020
Edición en tapa dura: enero 2021

Ilustración de portada
Pexels en Pixabay

Maquetación
Pío García, 2020

Editorial

Los Libros del Salvaje

Rúa Troncoso 4, 2º
36206 Vigo

ISBN: 978-84-121997-5-8

La editorial Los Libros del Salvaje defiende que el *copyright* estimula la creatividad, permite a los autores vivir dignamente de su esfuerzo y su trabajo, defiende la diversidad y es herramienta fundamental para que la cultura viva y se expanda. Por ello, te agradecemos que hayas comprado una edición autorizada de este libro y que respetes las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso expreso del autor y/o la editorial. Al hacerlo, respaldas a los creadores y permites que Los Libros del Salvaje siga publicando libros. Si deseas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, dirígete a CEDRO, el Centro Español de Derechos Repográficos: cedro.org.

*Esta es para Miguel, que me abrió los ojos
a lo extraordinario.*

ÍNDICE

Antes de empezar.....	9
Primera parte. Un descenso al Maelström.....	13
1 La Isla de la Desesperación.....	15
2 El País de las Maravillas.....	22
3 El Fondeadero del capitán Kidd.....	29
4 Un lugar de la Mancha.....	35
5 La Tierra de Maple White.....	45
6 Erewhon.....	48
7 Libertalia.....	57
8 El Desierto de los Tártaros.....	64
9 Las Moradas Frías.....	69
10 La Isla de los Estados.....	82
11 Nottingham.....	91
12 Mompracem.....	103
13 El Lago Azul.....	110
14 El Islote de la Esfinge.....	115
15 Nueva Suiza.....	123
16 El País de Nunca Jamás.....	135
17 La Isla de If.....	148
18 Ngranek.....	154
Segunda parte. La llamada de lo salvaje.....	159
19 El Bosque de Sherwood.....	161
20 La Fraga de Cecebre.....	173
21 La Abadía.....	180
22 El Sudán.....	191
23 La Montaña de Cristal.....	199
24 El Klondike.....	205

25 La Isla de Jackson.....	210
26 El Cerro de Aslan.....	215
27 Tortuga.....	221
28 Cipango.....	226
29 El Salvaje Oeste.....	234
30 El Fuerte de Zinderneuf.....	240
31 La Bounty.....	245
32 El Pequod.....	254
33 El Peñón de Bass.....	263
34 El Buque Fantasma.....	268
35 Fangorn.....	275
36 La Abadía de Hollywood.....	283
37 El río Congo.....	291
38 Kukuanalândia.....	299
39 O Courel.....	308

Unas cuantas aclaraciones quizá innecesarias.....	313
Agradecimientos.....	316
Sobre mí.....	318
Antes de que te vayas.....	319

ANTES DE EMPEZAR

La novela que estás a punto de leer transcurre en gran medida en las montañas del Courel, en Galicia, un paraíso de excepcional riqueza vegetal, animal y paisajística y una comarca de gran interés histórico, antropológico y cultural. En el texto aparecen con cierta frecuencia términos en gallego: expresiones coloquiales, creencias (seres míticos, objetos mágicos, etc.). La mayor parte están en cursiva. Sin embargo, he dejado en letra redonda aquellos que hacen referencia a razas o especies de seres mágicos, como los mouros o los ananos, porque la RAE considera que las razas (animales o de otro tipo) se pueden escribir en redonda aunque los nombres no sean castellanos. Para no recargar la novela con notas al pie, siempre incómodas, he optado por explicar el significado de los términos gallegos, de una u otra forma, en el propio texto, con el deseo de que de esta forma la experiencia de lectura resulte más fluida. Espero que así sea.

También es probable que te llamen la atención los extraños nombres de los capítulos. Y con razón, porque distan mucho de ser casuales. Son, con tu permiso, un pequeño juego literario, uno de esos divertimentos con los que de vez en cuando nos entretenemos los escritores.

Cada título hace referencia a la localización en la que se desarrolla una novela clásica de aventuras: un país, una isla, una comarca, un edificio... Algunas son sobradamente conocidas, como ese lugar de la Mancha que imaginas o el País de Nunca Jamás; otras son más difíciles de identificar. No es en absoluto necesario hacerlo para seguir la novela: solo pretenden reflejar el peculiar universo literario del protagonista, todos esos libros que devoró durante los años de su primera juventud.

Sin embargo, si eres de los que no son capaces de resistirse a un acertijo, te daré una pista: en cada capítulo he incluido una o varias frases, insertadas de forma más o menos natural en la narración, que hacen referencia al libro relacionado con cada localización. Si descifras todas, obtendrás una relación de novelas de aventuras y/o fantasía que, te lo ase-

guro, te permitirán disfrutar de cientos de horas de magnífica lectura. ¿Te animas a intentarlo?

Más cosas. Para dar mayor verosimilitud a la historia, me he preocupado por situar la acción en localidades (aldeas, valles, montañas, bosques...) que son reales, que existen en el Courel, empezando por la famosa Devesa da Rogueira, el principal escenario de la novela, cuando no su protagonista. Algún amigo me ha sugerido incorporar un mapa. Sin embargo, he decidido no hacerlo por dos motivos: en primer lugar, no me parece necesario para seguir el curso de la acción; en segundo, porque ya existe, y es muchísimo mejor que cualquier otro que pudiera incorporar aquí. Basta buscar —en Google Maps o en otro mapa digital— el Courel o el nombre de cualquier localidad mencionada en el libro para obtener una magnífica perspectiva de la zona. Te recomiendo hacerlo, seleccionando la vista de satélite y la perspectiva en 3D: podrás seguir con todo detalle los recorridos de los protagonistas. Aunque, por supuesto, no es necesario hacerlo para disfrutar plenamente de la historia.

Y termino con una aclaración necesaria. Lo que estás a punto de leer es ficción. Tanto la trama como los personajes son inventados y no tienen relación alguna con hechos reales.

Como dije un poco más arriba, las localidades mencionadas existen, tanto los pueblos como los montes, valles, bosques, ríos, senderos e, incluso, algunos establecimientos públicos mencionados (aunque las personas que en la novela trabajan en ellos son inventadas).

También son ciertas, en el sentido de que existen, las suposiciones en las que se basa la trama histórica del Courel y, por supuesto, son completamente reales las creencias que se mencionan. Al menos, hasta donde pueden ser reales las creencias. Tanto unas como otras, tanto las suposiciones como las creencias, pueden ser rastreadas sin dificultad en internet.

Pero ahí acaba toda coincidencia con la realidad. El resto es fruto exclusivo de mi imaginación, y así quiero dejarlo asentado antes de que comiences la lectura. Entenderás por qué cuando llegues al final. Mientras tanto, ¡disfruta de la lectura!

«Era una obsesión casi mística, la pasión de los aventureros que penetran los misterios del mundo, que ven lugares nunca vistos, que hacen cosas que nunca se han hecho. Era un anhelo que nunca podía satisfacer del todo, porque cuando alcanzaba un horizonte sentía que otro lo llamaba, y hacia allí partía».

El infiel, David W. Ball

«El verdadero viaje de descubrimiento no consiste en ver nuevos paisajes, sino en tener nuevos ojos».

Marcel Proust

«Cuando salgamos del enfrascamiento de nuestro propio ego y escapemos como ardillas de la jaula que es nuestra personalidad para volver nuevamente al bosque, temblaremos de frío y de miedo. Entonces nos pasarán cosas que harán que no sepamos quiénes somos. La vida, fresca y reveladora, se nos adentrará».

D. H. Lawrence

PRIMERA PARTE

UN DESCENSO AL MAELSTRÖM



«Ninguna mente humana sería capaz de imaginar tanta desolación. A derecha e izquierda, hasta donde alcanzaba la vista, se elevaban, como murallas del mundo, una hilera de acantilados horriblemente negros y escarpados, cuyo lúgubre aspecto intensificaban las olas que, con sus enfurecidas crestas blancas, embestían contra ellos, aullando y rugiendo sin cesar».

Edgar Allan Poe

1

La Isla de la Desesperación

Llevaba horas conduciendo como un autómatas. Ni sabía hacia dónde se dirigía ni le importaba una mierda. Lo único que quería era largarse. Escapar. Desaparecer. Una parte de su cerebro interpretaba las señales de tráfico y mantenía el control del coche mientras su cabeza volaba muy lejos de la carretera. En alguna parte había leído que los seres humanos son los únicos animales que viven más tiempo en el pasado o en el futuro que en el presente. Se le escapó una carcajada amarga. Pues vaya suerte la suya: el pasado le quemaba como un infierno y no le quedaba futuro. Al menos, ninguno que quisiera vivir.

Al entrar en una localidad llamada Pedrafita do Cebreiro, nada más cruzar la frontera entre Castilla y León y Galicia, vio un letrero indicador marrón que advertía de la proximidad de una desviación a la izquierda: «O Courel».

El nombre le despertó una añoranza de bosques y montañas. Frunció el ceño con extrañeza. Nunca había estado allí, de eso estaba seguro. Sin embargo, algo en aquella palabra, Courel, le trajo a la memoria un tiempo muy antiguo. Un tiempo en el que todavía tenía mil futuros posibles y un deseo feroz de vivirlos.

Notó un dolor intenso en el pecho. Apretó los dientes y tomó la desviación. Qué más daba un lugar que otro.

Condujo sin apenas fijarse en la carretera. Tenía una imagen incrustada entre las sienes: el gesto altanero de la jueza cuando se dirigió a él para comunicarle la sentencia. El desprecio inconsciente en sus labios. En sus ojos, protegidos por aquellas gafas con montura de oro. En su aire de señora bien que jamás ha tenido que ensuciarse las manos. En el aleteo de sus

fosas nasales, que se abrieron un instante y se cerraron como si les hubiera alcanzado un olor nauseabundo. Aunque lo peor fue la indiferencia con la que pronunció las palabras que le rompieron la vida.

Media hora después leyó otro letrero, «Seoane do Courel», y unos cientos de metros más adelante vio las mesas al sol de la terraza de un bar en el lado izquierdo de la carretera. Frenó bruscamente y aparcó en el arcén derecho. Tenía el estómago vacío y la cabeza repleta de chirridos. Sobre todo los chirridos, una estridencia de metal contra metal que le erizaba el vello de los brazos. A duras penas conseguía no gritar hasta quedarse sin voz.

Salió del coche. Mientras estiraba los músculos entumecidos, se fijó en lo que había tras las casas del lado opuesto de la carretera.

Se le abrió la boca. Cruzó la calzada y comenzó a descender por un ramal que se abría un poco antes del bar en busca de un espacio desde el que contemplar el panorama sin el obstáculo de las edificaciones.

Lo encontró veinte metros más abajo. Se detuvo, todavía boquiabierto. El pueblo colgaba de una ladera tan empinada que las casas parecían garras clavadas en la tierra, luchando por no deslizarse al precipicio.

Pero lo que le había llamado la atención no eran las casas. Más allá se extendía un paisaje de bosques, un horizonte de verdes entre los que comenzaban a brotar los ocres, amarillos y rojos del otoño. Un angosto valle cubierto por una densa vegetación.

Algo se le removió por dentro. Respiró profundamente, llenándose los pulmones hasta que le presionaron las costillas. Se sintió como un naufrago arribando a la playa de una isla tropical desierta. Se le humedecieron los ojos.

—De menú tenemos entrantes y merluza a la primavera —le informó la camarera, una chica de veintipocos años con unos expresivos ojos azules que le contemplaban con simpatía, aunque no se le ocurría ninguna maldita razón por la que alguien pudiera hacer tal cosa.

—¿Entrantes? —le salió un graznido confuso que terminó en un carraspeo. Llevaba demasiado tiempo sin abrir la boca.

—Embutido, ya sabes. Jamón, chorizo y eso, ¿sabes? —le sonrió.

—Solo la merluza —decidió. Se preguntó por qué diablos tendrían merluza en el menú de un bar de pueblo perdido entre montañas, a ciento cincuenta o doscientos kilómetros del puerto más cercano. Pero no quería más embutidos. Llevaba dos semanas comiendo bocadillos. Las mismas que durmiendo en el coche y sin lavarse más que someramente en los lavabos de los bares.

Siguió a la muchacha con la mirada mientras se dirigía a la cocina. Era algo regordeta, pero a sus años aquello la hacía incluso más deseable. Sonrió con amargura, notando cómo la bilis le caía gota a gota en el estómago. Se preguntó cómo sería acostarse con ella. La imaginación le había salvado la vida más de una vez.

También se la había jodido. Mucho.

Deseó sentirla. A ella, a cualquiera. Abrazarla. Apretar aquellas caderas contra las suyas y refugiarse entre sus pechos. Sintió la familiar tensión en los genitales; la sangre que se le aceleraba, anticipándose al deseo.

Echó un vistazo furtivo a derecha e izquierda para cerciorarse de lo que ya sabía: estaba solo en el bar. La televisión, una gigantesca pantalla plana, llenaba el silencio con la gravedad impostada de la presentadora del telediario.

Arrancarle un grito, eso estaría bien. «Un grito de puro terror», se rio él solo mientras sentía el sabor ácido del resentimiento en la garganta. Sin darse cuenta de lo que hacía, aferró el cuchillo del servicio y comenzó a golpear la mesa con el pomo. Joder, sí, cómo le gustaría arrancarle ese grito a la zorra de Lilith. O a la jueza de plástico que lo había condenado.

No debería pensar esas cosas. No llevaban a ningún lado, pero desde el juicio no podía evitarlo. Por ellas había perdido su trabajo. Su casa. A su hijo, Marcos, que le odiaba como solo puede odiar un adolescente.

Agitó la cabeza con furia, tratando de expulsar aquellos pensamientos que le estaban royendo el cerebro.

—¡Arg! —se le escapó.

Tras la puerta de la cocina asomó el rostro cordial de la camarera.

—¿Me llamabas?

Iba a responder que no, pero le alcanzó el olor del guiso de pescado y su boca se puso a salivar. Estaba hambriento.

—Huele muy bien —dijo, y se sintió imbécil. Se rebulló en la silla. Qué torpe era. No sabía tratar con la gente. Y menos con las mujeres guapas.

En el rostro de la chica apareció una ancha sonrisa.

—Gracias. Estoy un poco nerviosa, ¿sabes? Es la primera vez que la preparo. Espero que te guste.

El televisor seguía desgranando noticias de un mundo que se le antojaba más lejano que el planeta Saturno. Un poco después, la camarera le llevó un plato humeante, se lo puso delante y se quedó de pie frente a él, observándole con interés. Imaginó que estaba fijándose en su pelo castaño, que ya raleaba en la coronilla, en la barba entrecana y descuidada, en los ojos de un gris verdoso que, lo sabía de sobra, siempre parecía desvaído. Se sintió incómodo.

—Vienes por la *devesa*, ¿verdad? Mucha gente viene ahora, en otoño, ¿sabes?, dicen que es cuando está más bonita, aunque yo la verdad es que ya ni me fijo. Viviendo aquí y todo eso...

Sabes, sabes. ¿Es que no podía abrir la boca sin repetir aquel maldito «sabes» cada tres palabras? La rabia le subió por la laringe, amenazando con cerrarle la glotis. Volvió a coger el cuchillo y apretó con fuerza el mango con el puño. Le palpitaban las sienes. Los nudillos se le pusieron blancos.

—Disculpa, tienes hambre, qué tonta —continuó ella con gesto compungido, malinterpretando su expresión—. Perdona, ya te dejo comer, es que por aquí no viene mucha gente, ¿sabes? Al menos no por la semana, lo que son los fines de semana son otra cosa, esto se llena, todos quieren ver la *devesa*. Bueno, se llena en otoño, que después... Hala, ya me estoy enrollando otra vez. Te dejo comer, espero que te guste. Llámame si necesitas algo —comenzó a alejarse con su estúpida sonrisa en la cara.

—¿Devesa? ¿Qué es eso?

La muchacha se detuvo y se volvió hacia él sorprendida.

—¿No sabes...? —se interrumpió y en su expresión volvió a brotar la sonrisa—. Claro, por eso te hablaba en castellano. Siempre le hablo en

castellano a la gente que no conozco, ¿sabes? Porque muchos de los que vienen no son de aquí. De aquí de Galicia, quiero decir, no del pueblo... Son de fuera y no entienden el gallego. Tú no eres gallego, ¿verdad? Por eso no sabes qué es la *devesa*. Aunque si vienes a verla deberías saberlo, digo yo...

—¿Es lo que se ve desde ahí fuera? —la interrumpió. Estaba deseando llevarse a la boca el guiso de merluza, cuyo vapor le llenaba las fosas nasales, pero todavía tenía los ojos llenos de verde.

La risa de la muchacha resonó tan fresca como el agua de un arroyo de montaña. Notó que se le subía el rubor a la cara y volvió a sentirse estúpido.

—¡Qué va! Eso es el valle del Lor. La Devesa da Rogueira está detrás, es una especie de bosque, desde aquí no se ve porque la oculta el monte Cido, ¿sabes? Bueno, algo se ve, pero hay que saber mirar —se le iluminaron los ojos como si hubiera dicho algo muy divertido—. Si quieres visitarla tienes que ir hasta lo que es la aldea de Moreda, aunque ya te aviso de que la subida es dura, hay muchos que lo intentan y se dan la vuelta. Por el cansancio, pero también porque les entra el susto, ¿sabes? Es muy espesa, en plan de que no se ve el sol, y bueno, dicen que está llena de... Ya sabes, de mouros, ananos, ánimas y esas cosas, bichos mágicos y así... —dudó y se rio un poco, con timidez repentina. Se encogió de hombros, alzó los ojos y negó con la cabeza, como si no pudiera comprender que algunos fueran tan necios y quisiera dejar claro que no se encontraba entre ellos.

El olor del guiso le estaba haciendo salivar. Gruñó algo ininteligible en respuesta y se concentró en el plato. La chica todavía se quedó un instante observándolo.

—Llámame cuando termines —dijo al cabo, y desapareció en el interior de la cocina.

Engulló la merluza en cuatro bocados. Estaba pasada y la salsa tenía un sabor a requemado, pero le pareció deliciosa. Cuando terminó dio un trago largo de la botella de cerveza. Notó el líquido bajando por su garganta, llevándose los últimos restos de comida. Percibió el ligero mareo producido por el alcohol. Respiró hondo, tratando de concentrarse.

La Devesa da Rogueira, había dicho. En Moreda. En «lo que es» Moreda. ¿Qué mierda le estaba pasando al mundo, que ya nadie sabía hablar?

—¿Me cobras? —alzó la voz.

—¿No quieres postre? —apareció al instante, como si estuviera pegada a la puerta—. Tengo tarta de manzana, de la abuela y helados.

Se tomó una tarta de manzana. Estaba fría y acartonada, como si la hubieran tenido una semana en la nevera. Pagó la cuenta y se dirigió a la salida.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó la chica cuando estaba a punto de salir. Ladeó la cabeza, como disculpándose—. Si vas a estar unos días por aquí nos volveremos a ver, ¿sabes? Aquí todos nos volvemos a ver. Yo me llamo Sira, por cierto.

Sus ojos azules le contemplaban, sonrientes y confiados como solo pueden mirar unos ojos que todavía no han visto nada.

—Laro.

—¡Laro! Es bonito, ¿sabes? En plan de, bueno, extraño, pero bonito. Entonces, ¿vas a ir a la *devesa*, Laro?

Estaba en el quicio de la puerta, con medio cuerpo fuera, mirando hacia el interior. Por eso no se percató de que alguien se acercaba.

—¿Me vas a dejar pasar o echaste raíces en el medio?

Se volvió hacia la voz. Una muchacha delgada, con una corta melena negra y un rostro burlón de princesita morena le observaba con altanería, los brazos en jarras. Le vino a la cabeza la estampa de la jueza. Si tenía una hija, sería como aquella. La asociación le despertó una instantánea antipatía, pero el gesto de la joven era tan imperioso y transmitía tal seguridad en sí misma que se sintió intimidado y dio un paso atrás antes de que se le ocurriera una respuesta cortante.

La comisura de los labios de la muchacha se curvó en una mueca de desdén mientras entraba. Olvidándose al instante de él, se dirigió a la camarera.

—Qué tal, tía. Joder, esto está muerto.

—Hola, Claudia.

Laro salió del bar y se alejó hacia el coche. Todavía oyó decir a la recién llegada:

Un descenso al Maelström

—Hay gente mazo hortera, tía. ¿Has visto el cacharro de ahí fuera? ¡Un Fiat Punto naranja, tía, naranja! ¿Te lo puedes creer? Y después nos miran como si esto fuera un puto zoológico con el cuento de que son de ciudad...

2

El País de las Maravillas

A unos dos kilómetros de Seoane do Courel en dirección a Folgoso, la capital municipal, Laro llegó a una desviación a la izquierda. En un cartel azul leyó: «Ruta Devesa da Rogueira». Muy cerca, una señal de dirección indicaba que esa era la carretera que llevaba a Moreda. Se metió por el ramal y avanzó por el fondo de un valle estrecho, encajonado entre laderas de pendiente pronunciada. Todo cuanto podía ver desde el coche era la vegetación, la ribera de un regato y, de cuando en cuando, un prado de verdes tan vivos que dañaban la vista. Hacía tantos años que no salía de Madrid que le costaba creer que existieran lugares así.

El asfalto se encontraba en mal estado y había momentos en que las copas de los árboles que flanqueaban el camino creaban túneles de penumbra y humedad. Unos kilómetros después del desvío, al frenar para entrar en una curva pronunciada, las llantas del Fiat Punto perdieron agarre. El coche derrapó unos metros, hasta detenerse en medio de la calzada.

Se quedó inmóvil, las manos fuertemente agarradas al volante, las mandíbulas apretadas. Un sudor frío le empapó la espalda. Notó en la garganta los latidos desbocados del corazón. La presión en las sienes, las sombras que cercaban su visión como si hubiera entrado en un túnel y solo acertara a distinguir claridad en el fondo.

Igual que aquella noche. Aturdido, comprendió que ya no estaba en la carretera, sino muy lejos de allí.

Con Lilith. Percibió de nuevo el sabor de la sangre en la boca y se obligó a respirar profundamente, dos, tres veces, hasta que los latidos de su corazón fueron regularizándose.

Salió del vehículo y avanzó unos pasos con las piernas temblorosas. La carretera estaba alfombrada de hojas húmedas, pero la culpa del derrape la tenía el desgaste de las llantas. Apoyó las manos en el techo del coche e inclinó la cabeza hasta sentir el contacto frío del metal. «Joder, joder». Su frente comenzó a dar golpes contra él. Estaba harto. Harto de la vida de mierda que llevaba. Harto de no tener un euro para comer, cuánto menos para cambiar las ruedas o el mismo coche.

No podía más. Se obligó a inspirar profundamente otra vez. Cerró los ojos y se frotó las sienes.

Volvió a sentarse al volante, encendió el motor y siguió adelante despacio, procurando evitar las acumulaciones de hojas aunque era una tarea imposible. No había avanzado medio kilómetro cuando se topó en una curva con una casa de una planta con tejado a dos aguas y un cartel en la pared en el que se leía «Aula de naturaleza de Moreda do Courel». Aparcó al lado y salió del coche. Unos cuantos paneles escritos en gallego indicaban que allí comenzaba la ruta que ascendía a la Devesa da Rogueira e informaban sobre la vegetación y la fauna del bosque, pero ni entendía bien el gallego ni tenía humor para tratar de descifrarlo.

El aula estaba cerrada. No se veía un alma. La luz del sol otoñal se filtraba a través de las hojas de los robles y los castaños. El suelo estaba alfombrado con los erizos abiertos de las castañas. El aire le llevó aromas desconocidos.

Justo al lado de la casa comenzaba un sendero que se internaba en el bosque. Según vio en un dibujo en un panel, la *devesa* cubría la ladera del pico Formigueiros, el más alto de la sierra. Se adhería como una muflida piel vegetal al anfiteatro que formaba la vertiente norte de la montaña, de fuerte pendiente y hendida por barrancos y arroyos.

Se respiraba una atmósfera de sosiego. Se dijo que Sira tenía razón: aquel era un lugar mágico, un país en el que no parecían regir las reglas del mundo normal.

Echó un vistazo a la hora. Eran las tres y diez. Estaban en octubre y oscurecía muy pronto, sobre las siete y media o así. En uno de los carteles se estimaba en cinco horas el tiempo necesario para recorrer el sendero, aunque la distancia no era mayor de diez kilómetros. Aquello le pareció absurdo: ¿cómo se iban a tardar cinco horas en recorrer diez kilómetros, aunque fueran en pendiente?

Estaba tratando de decidir si se animaba a emprender el ascenso cuando el sonido del móvil le hizo dar un respingo. No era solo que el tono de llamada resultase fuera de lugar: su teléfono sonaba muy raras veces. Y cuando lo hacía solían ser malas noticias. Nervioso, rebuscó en los bolsillos de la cazadora hasta dar con él.

Marcos. Leyó el nombre de su hijo en la pantalla y su corazón comenzó a galopar. Hacía siglos que Marcos ni se dignaba a dirigirle la palabra cuando estaba delante, cuánto menos llamarlo. Deslizó el indicador de respuesta hacia la derecha con una punzada de esperanza.

—¿Marcos?

—¡Hijo de puta! ¡Eres un hijo de puta! ¿Cómo has podido hacernos algo así? —La voz le llegó lejana, distorsionada por la mala cobertura y la estática, pero el rencor que destilaba lo paralizó. Se quedó callado, respirando superficialmente, con la pantalla del móvil pegada con fuerza a su oreja, como si así pudiera acercarse más a él.

—Hijo...

—¡Ni hijo ni hostias! Tú ya no eres mi padre, ¿es que no te enteras? ¡No lo eres! ¿No has oído a la jueza?

Guardó silencio, acobardado por la inquina de Marcos, ajeno al murmullo de la brisa en las copas de los árboles, al rumor del agua o a la belleza de la tarde.

Clavó la mirada en el suelo.

—No fue mi culpa, Marcos —le salió un tono lastimero que a él mismo le produjo aversión. Carraspeó para aclararse la voz y prosiguió con algo más de entereza—. Me echaron del trabajo por culpa de tu madre... —Nada más decirlo comprendió que acababa de meter la pata. Su hijo no aceptaba la menor crítica contra su madre.

—No te das cuenta, joder, no te das cuenta de nada. ¡Nunca es culpa tuya, te pasas la vida echándole la culpa a mamá, pero lo cierto es que eres tú, siempre has sido tú, cobarde! ¿O es que ya no te acuerdas de lo que hiciste esa noche? ¡Yo estaba allí, lo vi todo! Y encima nos haces esta putada. ¿Qué vamos a hacer ahora, me lo quieres decir? ¡Mamá gana una mierda! ¿De qué vamos a vivir si no le pasas la pensión?

«Lo que hiciste esa noche». Dio una patada al tronco de un árbol, furioso consigo mismo.

Trató de serenarse. Pensó en decirle que lo quería. Que lo echaba de menos, que le perdonase, que... Se le escapó un gemido entrecortado que murió tan abruptamente como había nacido. «¿De qué vamos a vivir?». Eso era lo único que le preocupaba. Eso y descargar en él toda la rabia y la frustración de sus quince años. ¿Y él? ¿De qué iba a vivir él, si ni siquiera tenía un lugar para dormir o una ducha para lavarse?

Apartó el móvil de la oreja y lo apretó con fuerza inconsciente con el puño. Notó la tensión en los globos oculares, la sangre que le palpitaba en las sienas.

Respiró hondo. Su hijo. Era tan dulce de bebé, siempre sonriendo, con aquella mirada tierna y aquel hoyuelo en la mejilla que hacían que se lo comiesen a besos.

Marcos tenía razón: era un cobarde. Siempre lo había sido. Por eso había permitido lo que había permitido. Por eso había tragado lo que había tragado durante tantos años. Por eso la jueza le había metido una barra de hierro oxidado por el culo mientras se hacía la manicura.

—¿Estás ahí? ¿Sigues ahí, cabrón?

Observó la pantalla del móvil. Su hijo esperaba su respuesta respirando agitadamente.

Colgó.

De la espesura llegaban sonidos de pequeños animales que se deslizaban furtivos a su paso. Las hojas de los árboles amarilleaban el suelo y llenaban el aire de crujidos. Jadeaba con fuerza por la dureza de la subida y el sudor le empapaba la camiseta. Se había quitado la cazadora e iba cargando con ella. De vez en cuando se le enredaba en alguna rama o la arrastraba un trecho por el suelo, hasta que se percataba y volvía a colocarla bien. El bosque rezumaba humedad bajo el dosel de las copas de los árboles. Gruesos troncos de castaños se hundían en la tierra, sólidos como los pilares de una catedral románica.

Durante largo rato, Laro ascendió por el sendero sin apenas fijarse en lo que le rodeaba. Las palabras de su hijo le hacían daño. Su cabeza hervía. Lilith en el suelo, con la tibia de la pierna derecha sobresaliendo blanquecina de la carne en medio de un charco de sangre; sus gritos

interminables, tan agudos que parecían inhumanos; el espanto y la aversión de Marcos; la repulsa en la cara de los policías.

Se detuvo, resollando acalorado. Cerró los ojos mientras trataba de regular su respiración. Le alcanzó el rumor del agua que corría en algún lugar cercano. Abrió los ojos y dio unos pasos más, buscando el origen del sonido.

Tras un recodo descubrió una pequeña cascada. La luz del sol se filtraba entre las copas de los árboles y arrancaba destellos del agua. Era un remanso de paz escondido en lo más profundo de la espesura. Tuvo la sensación de haber entrado, sin darse cuenta, en el territorio de la maravilla.

Se dejó caer sobre una piedra, todavía con el pecho agitado por la caminata. Las libélulas zumbaban de un lado a otro. Las mariposas perseguían el sol con movimientos erráticos. Contempló el salto de agua, la luz que escintilaba.

Se sintió muy cansado. Notó el peso del abatimiento en los huesos. La angustia se le agarró a la garganta. Era una vieja enemiga que nunca le abandonaba.

¿Qué había hecho con su vida?

La desolación le traspasó, tan vacía como el espacio sideral. De pequeño, cuando menos se lo esperaba, le asaltaba la percepción de la más absoluta nada, del vacío cósmico. Nunca había sabido qué provocaba aquellas sensaciones. Aparecían de repente y lo dejaban exhausto. Estaba tan tranquilo, merendando, leyendo, viendo la tele, cuando algo apretaba una tecla y en su mente se abría un universo en el que no había vida, ni objetos, ni sonidos, ni aire, ni siquiera negro o blanco. Le rodeaba el vacío mas absoluto que pudiera imaginar. La angustia le atenazaba la garganta. Era una experiencia pavorosa que se iba tan rápido como venía y le dejaba sin fuerzas durante varios días. Al crecer habían ido desapareciendo esos momentos, pero había descubierto otras formas de vacío.

Comenzó a llorar. Ajeno a la brisa fría que se levantaba a medida que la luz iba declinando, las lágrimas se convirtieron en sollozos, cada vez más fuertes, que se mezclaron con hipidos y gemidos.

Pasó largo rato allí, casi inconsciente, sobre la roca cada vez más fría, hasta que el chasquido de una rama al partirse le sacó de su sopor.

Alzó la cabeza. Se frotó las cuencas de los ojos y examinó por primera vez con atención su entorno.

El bosque rodeaba la cascada. El aire estaba cargado de aromas. Localizó matas de tomillo y menta mezcladas con otras hierbas que no conocía. Se le ocurrió que en algún momento durante la ascensión había atravesado la puerta de un mundo fantástico.

Le asaltó una oleada de recuerdos de lecturas que creía olvidadas. Se acordó de la fascinación que le despertaban de pequeño aquellas historias, capaces de arrancarle del mundo anodino en que vivía. Se había pasado la vida huyendo de sí mismo.

Respiró más tranquilo, notando cómo se deshacían los nudos de su pecho. Percibió un movimiento con el rabillo del ojo más allá del arroyo. Se fijó en un roble con la corteza oculta bajo una capa de musgo, invadido por plantas parásitas que colgaban de sus ramas como lianas. Debía de tener cientos de años.

Entonces lo vio. Fue algo tan asombroso que dudó de lo que tenía delante. Desde el pie del tronco, medio ocultos tras las hojas de un arbusto, le contemplaban dos ojos oscuros. Ahogó el grito que le vino a los labios. Un pequeño ser de pelo negro como la pez y mirada inquisitiva, como un duendecillo salido de los cuentos.

Sin apartar la mirada, se puso en pie muy despacio, temeroso de asustarlo. Dio unos pasos hacia el regato mientras, estupefacto, trataba de identificar la criatura. Solo distinguía las pupilas oscuras entre las hojas de los matorrales y la vaga silueta de su forma. Al poner el pie en una roca para atravesar el cauce, esta se movió y le hizo trastabillar. Cuando recuperó el equilibrio y buscó a la criatura, ya no la encontró. Examinó el lugar, confundido, diciéndose que se estaba volviendo loco, empezando a pensar que había sido un engaño de su imaginación. Los duendes no existían. Se sintió ridículo.

El piar de los pájaros y el rumor del agua llenaban el ambiente. Se encogió de hombros, casi riéndose de sí mismo. «Un duende, lo que me faltaba». Meneó la cabeza. Menudo imbécil, un duende. Sin embargo, se encontraba mejor. Observó el cielo a través de las hojas de los árboles. No le quedaba mucho tiempo de luz y había descendido la temperatura.

Decidió regresar al coche. Volvió a cruzar el arroyo y se puso en marcha. Ahora la pendiente jugaba a su favor y avanzó con facilidad. Un poco más adelante el sendero atravesaba un claro desde el que vio una perspectiva de la empinada ladera. La densa vegetación reptaba sobre ella, ascendiendo hacia la cumbre. Se dejó abrazar por aquel sosiego intemporal.

Le llegó el sonido lejano de una gaita, arrastrado por la brisa, entrecortado. Asombrado, buscó su origen, pero no consiguió averiguar de dónde procedía. Era un sonido atávico, una melodía que parecía brotar de las mismas piedras, de la espesura, que flotaba y se mecía como un suspiro de sedas en el atardecer. No conocía la pieza, pero parecía tan natural en aquel entorno que era como si el mismo bosque se hubiera puesto a cantar.

Se apoyó contra una roca y contempló una vez más la fronda ante él. Duendes y gaitas. ¿Qué era aquel lugar? Pero ahí estaba la melodía, elevándose sobre el bosque, mitigando su dolor.

3

El Fondeadero del capitán Kidd

En las afueras del pueblo de Campelo, Sito Aguiar contemplaba el panorama con los brazos en jarras y afán posesivo. Estaba amaneciendo y el valle se desperezaba entre piores y nieblas. Tenía heladas las mejillas, las orejas y la coronilla. Inconscientemente, se pasó la mano por la cabeza, como si así pudiera proteger el escaso pelo que le quedaba. Cuarenta años y se estaba quedando calvo. Al menos, el que le quedaba todavía seguía siendo negro, sin demasiadas canas.

Hacía frío esa mañana, por sus muertos que lo hacía. Y eso que apenas estaban en los primeros días del otoño. Sabía de sobra que en invierno sería mucho peor.

Tantos años viviendo lejos de las montañas le habían ablandado. «Pues ya puedes ir curtiéndote de nuevo, por la cuenta que te trae», murmuró para sí con una mueca indulgente. Porque había vuelto, y esta vez para quedarse. Al menos hasta que consiguiera lo que había ido a buscar. Y no lo conseguiría de un día para otro, lo sabía muy bien.

Volvió la cabeza y contempló la casa de la familia. Era una gran estructura de tres alturas, con los muros y el tejado de pizarra, cercada por edificaciones menores como una gallina rodeada por sus polluelos: cobertizos, pocilgas, cuadras, corrales y chamizos para guardar las herramientas, el habitual conjunto caótico de las viviendas gallegas. Durante años aquel desorden le había parecido natural, pero ahora tenía los ojos acostumbrados a otras arquitecturas y se daba cuenta de que el efecto no era el mejor.

Sonrió para sí con cierto desdén. «No era el mejor». Joder, era un puñetero caos, eso que los listillos de ciudad llamaban «el feísmo gallego».

Pero a esos listillos quería verlos viviendo en las montañas, rodeados de animales y faenando en el campo de sol a sol, a ver cómo se las arreglaban. Podía no tener muy buen aspecto, pero la casa era funcional y comfortable por dentro, que era lo importante. Había sido la vivienda familiar durante tantas generaciones que nadie lo recordaba. Era como un organismo vivo, que iba creciendo y adaptándose a medida que lo hacían las necesidades de sus moradores.

Se le torció el gesto cuando un pensamiento incómodo atravesó su cabeza. Por lo que él sabía, los Aguiar llevaban allí desde el mismísimo principio de los tiempos, pero las brujas Covas seguían llamándoles «*os de fóra*», los de fuera. Lo decían con una mueca de desagrado, como si apesataran a estiércol. «*Os de fóra*», había que joderse.

De forma automática, aunque sabía de sobra que no podía verlo desde allí, su mirada buscó el pueblo de Carbedo, donde vivían las Covas, en la falda del monte A Labradiña. El recuerdo de Xoana le golpeó con fuerza inesperada. «Qué memo eres. Qué maldito memo». Pese a los años transcurridos no había conseguido olvidarla. Aunque tratara de negárselo a sí mismo, Xoana era una de las razones por las que había regresado. Una muy dolorosa.

—Tío, ¿qué haces ahí? —Le sobresaltó la voz de su sobrina.

—Joder, Claudia, qué susto me has dado.

La muchacha se le acercó con una mueca de burla en los labios.

—Pues estamos bien si todo un sargento de la Guardia Civil se asusta por un simple hola.

Sito sonrió. Acababa de ascender a sargento y toda la familia andaba pavoneándose por su promoción como si le hubieran nombrado general. Qué cojones, y hacían bien. Con el ascenso había conseguido que le pusieran al mando del puesto de Seoane do Courel, así que allí mandaba como si fuera general. Que era lo que había estado persiguiendo durante años para poder dedicarse a lo que le interesaba sin que le tocaran las pelotas.

Era el comandante del puesto y nadie le tosía. Lo había conseguido. Acababa de llegar, solo llevaba unos días allí, ni siquiera se había instalado todavía en la vivienda de la casa cuartel. Pero estaba en su pueblo y con cuatro hombres bajo su mando.

Una mueca de triunfo le desfiguró la cara. «Que se atrevan ahora las Covas. Que se atrevan y verán quién manda aquí».

Observó discretamente a su sobrina, que se había detenido a su lado y contemplaba también el valle. ¿Cuándo se había convertido en aquella espléndida mujer? Cuando él se marchó de las montañas era una chiquilla de huesos de alambre, pero ahora no había hombre que no se volviera para mirarla. Tenía veintidós años, el cuerpo elástico y un descaro capaz de volver loco al más pintado. Se sintió vagamente avergonzado por pensar esas cosas de su sobrina. Era hija de su hermano menor, Cecilio, que la había tenido con diecisiete años.

Pero Claudia no se parecía a su padre, apocado y sumiso, ni a su madre, una mujer de la aldea de Moreda tan interesante como una vaca lechera. Se parecía a su abuelo, Suso o Vello, el padre de Sito y de Cecilio. Tenía el mismo carácter endiablado, que no había dios que le llevara la contraria. Estaba habituada a salirse con la suya. A Sito le gustaba su sobrina. Sí, le gustaba mucho.

—¿Oíste la gaita? —preguntó Claudia. Cuando Sito le devolvió un gesto de extrañeza, prosiguió—. Ayer por la tarde dos tipos subieron a la cima del Formigueiros y uno se puso a tocar la gaita mientras el otro lo grababa.

—¿La oíste tú?

—Qué va, yo estaba en Seoane. Pero subieron el vídeo a internet y lo vi en Youtube.

—¿Quiénes eran?

Claudia se encogió de hombros.

—Yo qué sé. Dos tipos de la costa, ya sabes, colgaos de los que tienen un orgasmo cada vez que ven un castaño como si hubieran llegado al paraíso. Me gustaría ver qué cara pondrían si tuvieran que pasar aquí el puto invierno.

Sito se rio. Su sobrina no tenía pelos en la lengua.

—Teniendo en cuenta que esos colgaos son los que te dan de comer...

La muchacha hizo una mueca. Sus padres habían aprovechado una subvención europea para rehabilitar una casa de la familia materna en el pueblo de Moreda, justo enfrente de la *devesa*, y convertirla en un aloja-

miento rural. Tanto Claudia como su hermano pequeño, Román, de diecinueve años, trabajaban allí. Al menos por el momento, porque Román estaba pensando en seguir los pasos de su tío y hacerse guardiacivil.

Claudia se encogió de hombros.

—Bueno, la verdad es que sonaba de puta madre, lo de la gaita. Manda *carallo*, qué idea, ponerse a tocar en la misma cumbre...

—¿Hay mucho trabajo estos días?

—Al completo los fines de semana, por la semana no se ve un alma.

—Como siempre, entonces.

El otoño era la temporada alta en el Courel. Los turistas acudían en manada para extasiarse con los colores de los bosques, hacer senderismo y atiborrarse de jabalí con castañas. Sobre todo gallegos, gente de las ciudades, aunque también de Madrid y otros lugares. En los últimos años se habían rehabilitado muchas viviendas para convertirlas en casas de turismo o restaurantes. Llevaba una década rumoreándose que iban a declarar la sierra parque natural y muchos estaban convencidos de que cuando eso sucediera se iba a producir una avalancha de visitantes, así que los más espabilados iban tomando posiciones. Sito tenía dudas de que la declaración llegase algún día o que, si lo hacía, que supusiese una avalancha, pero de todas formas el número de visitantes no paraba de crecer. Al menos los fines de semana del otoño, porque el resto del año o durante la semana las cifras caían en picado. Aquello estaba muy bien para un fin de semana o para el verano, que era cuando los vecinos emigrados a Barcelona regresaban para abrir sus casas y pasar unos días contando lo bien que les iba, pero vivir allí todo el año era otra cosa. La vida en la montaña no era fácil.

—Bueno, siempre hay algún raro —seguía diciendo su sobrina—. Ayer llegó uno en un Fiat Punto naranja con una pinta de arrastrao que ni te cuento. Me cago en los putos jipis, qué asco me dan.

Sito frunció el ceño.

—¿Y a ti qué te ha dado?

—¡No los soporto, joder! ¡No aguanto a los *flower power* de los cojones, tanto pacifismo y tanta hostia, que no se enteran de nada!

—¿Qué hizo ese?

—¿Eh? ¿Qué hizo quién?

—El del Fiat Punto...

—¡Ah! Yo qué sé, supongo que se habrá largado.

—¡Tío Sito, Claudia! ¡Mamá dice que entréis a desayunar de una vez! —Román, el hermano de Claudia, apareció en la puerta del primer piso de la casa, a la que habían adosado unas escaleras exteriores de ladrillo que parecían lo que eran: un pegote. Pero eran útiles porque evitaban meterse en la casa de los demás sin necesidad. En el bajo vivía su padre, Suso o Vello, viudo desde hacía una decena de años, y en el piso su hermano con su mujer y los hijos. A Sito, como seguía soltero, le habían dejado el ático, que estaba todavía a medio acondicionar. La madre de Claudia se encargaba de la cocina y de las faenas caseras. Todos comían siempre en su casa, y Sito no tenía ninguna intención de comer de lata pudiendo disfrutar de las habilidades de su cuñada. La mujer no valía para nada más, pero había que reconocerle que tenía mano para los fogones.

Comenzaron a acercarse a paso vivo. Sito se había quedado frío y tenía ganas de calentarse el estómago con un café antes de ponerse en marcha. Era tarde ya, pero qué cojones, ahora era el jefe y podía hacer lo que se le antojara. Sonrió para sí, satisfecho.

—Tío —le gritó Román desde el descansillo de la escalera—, ¿de dónde has sacado la máquina esa?

—¿Qué máquina? —preguntó Sito con gesto súbitamente serio. De sobra sabía a qué se refería su sobrino.

—La del cobertizo. ¡Tienes que dejarme probarla, tío!

—¿Tú estás tonto o qué? Es de un decomiso y solo la tengo aquí temporalmente. Así que estás avisado, tanto tú como tu hermana. ¡Ni se os ocurra ponerle la mano encima! ¿Está claro? ¡Ni un puto dedo encima! —gritó.

—Vale, vale, que solo era una pregunta...

Pero Claudia no tragaba tan fácilmente. Lejos de sentirse intimidada, le dedicó una mirada socarrona.

—Pues sí que estamos bien. Por si no nos llegara con el abuelo y su obsesión del *carallo*, ahora resulta que tú estás igual o peor.

—Tú qué sabrás, joder, tú qué sabrás si solo eres una cría. Venga, anda, tira pa dentro... —exclamó, con una media sonrisa que pretendía quitarle hierro a su brusquedad, empujando a su sobrina al interior.

Antes de entrar él mismo en la vivienda sus ojos huyeron en dirección a la Devesa da Rogueira. Percibía con claridad su presencia, con el pico Formigueiros coronándola. Siempre percibía su presencia. «O Vixía», el Vigía, así lo llamaban. El corazón del bosque latía inmutable, contemplando con indiferencia las idas y venidas de los hombres, que debían de parecerle polillas afanadas en minúsculos sinsentidos.

Un estremecimiento súbito le sacudió la columna vertebral desde el cuello hasta la rabadilla.

Algo había cambiado. Advirtió la presencia antigua, el aliento del bosque. Abrió los ojos, que había cerrado inconscientemente, y se quedó mirando en la dirección de la *devesa*, asombrado por la intensidad de la sensación.

El Vigía estaba despierto. Alerta.

Dudó un segundo todavía antes de entrar. Apretó los dientes. Decidió que le daba igual, nada lo detendría, ni siquiera el Vigía.

Le vino a la cabeza una frase de uno de los pocos libros que había terminado en su vida, que se le había quedado grabada cuando la leyó de crío. «Si un camarada, o sea, uno que sabe cómo me las gasto, pone la zancadilla al viejo John, tiene los días contados en este mundo».

Llevaba toda la vida esperando por aquel momento. Nada iba a detenerlo. Iba a ser él, Sito Aguiar, quien culminara la búsqueda en la que su familia llevaba generaciones embarcada.